

A vintage movie poster for the film 'They Came to Cordoba'. The image shows Clark Gable leaning over Jean Harlow, who is lying down. Gable is wearing a white shirt and a brown vest, looking down at Harlow. Harlow is wearing a light blue dress and a red shawl, looking up at Gable. The background is a warm, reddish-brown color.

**EDICIONES
'IDEALES'**

**50
CTS**

TIERRA DE PASIÓN

**CLARK GABLE
JEAN HARLOW**

EDICIONES IDEALES
DE
La Novela Semanal Cinematográfica
(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis Ediciones BISTAGNE BARCELONA

Año I

Número 6

Tierra de pasión

Apasionante asunto, interpretado por CLARK GABLE,
JEAN HARLOW, GENE RAYMOND, MARY ASTOR, DO-
NALD CRISP, TULLY MARSHALL, FORRESTER HARVEY.

Dirección de VÍCTOR FLEMING

Es un film de la famosa marca

Metro-Goldwyn-Mayer



Distribuido por
METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA, S. A.

Mallorca, 201 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barberá, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 133 - Teléfono 76307

Tierra de pasión

Argumento de la película

UNA ADAPTADA AL MEDIO

Explotación cauchera en lo más abrupto de las selvas de Indochina.

Paisaje de naturaleza en toda su pujanza brava y primitiva. Calor sofocante, lluvias formidables, vaho de humedad cálida, fiebre que acecha sin descanso, trabajo rudo, y a la noche, el áspero rugir de los tigres.

Sólo los hombres blancos ocupados en las plantaciones de árboles del caucho, cuyo organismo robusto les permitía aclimatarse, podían vivir aquella existencia semisalvaje, en que la rudeza anulaba todo sentimiento suavizador de las costumbres.

Era preciso para habituarse a la vida entre los indígenas y la hostilidad dura de aquel medio, poseer una fortaleza física a toda prueba y una voluntad terca y ruda, también en consonancia con el ambiente.

Dennis Carson, el encargado de una gran plantación, reunía las cualidades de aptitud para esta clase de aclimatación.

Era un hombre joven, de estatura aventajada, muy fuerte musculatura y rostro varonil.

Desde que fué nombrado superintendente de la plantación casi no se había movido de aquellos parajes, y su gesto, su voz, su

ademán, eran la expresión ruda de aquella vida al margen de la civilización.

Aquel día caminaba a través de una de las parcelas de arbolado, junto a un hombre de mayor edad, un veterano de las tierras caucheras, ayudante de Carson y encanecido en las selvas indochinas.

Ambos vestían el traje colonial de europeos. Dennis usaba el salacot, las botas altas, y la camisa cruda arremangada en los brazos.

El rostro sin rasurar, el cuero requemado por el sol y las ropas descuidadas, dábanles aire, no sólo de poco aseo, sino a primera vista, intranquilizador.

Carson acercóse a uno de los árboles y cogió el cubilete colocado en el tronco bajo la incisión por donde fluye la goma.

Llevóse a la boca el cubilete y retuvo, insalivando unos momentos, el líquido para expulsarlo después y arrojar el recipiente con gran violencia, lejos de sí.

—¡Me lo figuraba!—exclamó—. ¡No vale absolutamente nada!

—Estos árboles son demasiado jóvenes.

El viejo le explico:

—Pues Guidon debería saberlo y haberme hecho la advertencia.

—Ahora—expresó el acompañante de Dennis—, lo que necesitamos es que llueva.

Carson recordó que la ausencia de Guidon, aquel robusto y bastante más borracho que robusto capataz, se prolongaba más de lo previsto.

—Ya sabía yo que Guidon estaría en Saigón más tiempo del que se le ha dicho. Vendrá, como de costumbre, con una borrachera infernal.

—Creo que ha de venir en el barco de hoy.

Cruzaron el bosque hasta dar vista al río, y en el trayecto, Carson tuvo que poner en pie con rudos golpes y empujones, a toda una cuadrilla de "coolies", de torsos relucientes que se habían tumbado a la sombra en un repliegue del terreno.

Pudieron después divisar el barco, un pequeño vapor fluvial, que evitaba la completa incomunicación de aquel paraje.

Hacia la línea hasta Saigón, la próxima capital, con no íntegra regularidad, y de tarde en tarde.

—Ahí viene—observó en seguida el cauchero viejo, refiriéndose al barco.

Dennis, en seguida, voceaba al patrón que hallábase en cubierta:

—¿Has traído a Guidon?

—Sí, le he llevado a casa.

Y tanto Dennis como su ayudante, se dirigieron a la casa, que no era sino una rudimentaria construcción, a base de maderas del país, mal techada y absolutamente inconfortable.

Dentro, el capataz, recién venido, se hallaba sentado junto a la mesa y con la cabeza vencida sobre ella como quien duerme un profundo sopor.

Dennis comenzó a dar sus disposiciones:

—Mañana tú y Guidon iréis a primera hora...

Y entonces reparó la atención en el estado lastimoso de este último.

Con las no muy delicadas maneras que le eran habituales, alzó la cara al capataz y propinóle varios sonoros bofetones a derecha e izquierda.

Luego, con ayuda del viejo, lo transportó a su habitación, donde fué depositado "blandamente", como se arroja un costal.

Pero la sorpresa de los que traían al beodo fué mayúscula, cuando en la penumbra del cuarto oyeron una voz femenina:

—¿Qué es esto; estamos en el boulevard?

Entonces se incorporó en el camastro en que había sido arrojado Guidon, una bellísima muchacha rubia, en ropas interiores, que no se cuidaba gran cosa de cubrirse pudorosamente.

A Dennis le alarmó la presencia de una mujer en la factoría, ya que nunca vieron mujeres en ella, por acertada medida para la tranquilidad de la colonia.

Preguntóle a la intrusa, de muy mal talante:

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha venido?

—He venido en el barco... porque nadando hubiera resultado muy fatigoso—contestó la muchacha con el mayor desenfado imaginable—. Pero no vine con este guñapo.

Y con los pies en la espalda del capataz, empujóle con fuerza hasta conseguir lanzarlo del camastro.

Carson no quedó asombrado del cinismo de la muchacha, porque supuso al momento de qué clase de mujer se trataba, pero advirtiéndole:

—¿No sabes que hasta dentro de un mes el barco no vuelve a pasar por aquí?

—Lo sé... y no creas que me alegro gran cosa.

—¿Y a qué saliste del barco?

—Pues he salido por lo mismo que salí de Saigón. Estoy algo reñida... con los gendarmes. Si quieres, pagaré lo que sea por la comida.

Y refiriéndose al capataz borracho:

—Sácalo de aquí.

—No puede ser. Es su cuarto.

—Ya hay bastantes lagartos.

—Uno más no debe importarte.

Y Dennis salió, cerrando de un golpe la puerta tras de sí.

* * *

Al siguiente día, Mac Anarg, el viejo cauchero, hacía esta observación a Carson, con respecto a la muchacha que, de pronto, se encontraba en la casa:

—Es posible que sepa coser. Esto ya sería algo. No tengo un solo pantalón con los botones completos.

—¡Bah! ¡Lo que menos sabrá esa chica es manejar la aguja! Era la hora de la comida.

En la mesa tosca, con cubiertos también toscos, servíales la comida, casi siempre compuesta de conservas y manjares nada exquisitos, un criado chino, grueso y orondo, que tenía el aspecto de ser el hombre más feliz del mundo.

Usaba una eterna risa, sandia y chillona, todo le servía de regocijo, y era pintoresca la típica pronunciación, alterando cómicamente las sílabas.

El primer plato que se sirvió, era un caldo estrictamente vegetal, huérfano de tajada que atrapar.

Anarg preguntó al cocinero amarillo:

—¿Se puede saber dónde está la carne?

El hijo del celeste imperio tuvo un cómico gesto, tapándose la nariz con los dedos, y con su risa aflautada, exclamó:

—La carne, no comerla... olel muy mal... olel muy mal.

Allí no había otro remedio que resignarse, y si la carne estaba podrida, contentarse con lo que fuese puesto en la mesa.

Y de este modo en todo lo demás. Nada de lo que pudiera pedirle a la existencia en otros lugares, fuera de lo más elemental, dábale en aquel medio sólo para ser habitado de indígenas primitivos o de alimañas.

Refiriéndose a esto, Dennis preguntó a Mac:

—¿Pensaste alguna vez en dejar este país, o nunca pasó la idea por tu imaginación?

—Sí... una vez, cuando trabajaba con tu padre, pero en seguida me arrepentí y volví en el primer barco.

—Me han hecho una oferta magnífica que voy a ver si no desaprovecho...

Luego Carson habló un rato de negocios:

—Naciste oliendo goma, y vas a morir lo mismo.

—Sí, abrasándome en este sol y dejando el pellejo en estos bosques, para que los autos que llevan a los demás tengan llantas y para que los frioleros tengan bolsas de agua caliente, y los niños biberones.

—Nunca te he oído hablar así. Es tu primer ataque de aburrimiento. Eso no tiene más arreglo que el de irte unos días a Saigón.

—Pues atiende a lo que acaba de llegar de Saigón. No está mal; una rubia apetitosa...

—Desde que nací no he visto otra clase de mujeres — suspiró Carson en cuya vida no tuvo entrada ninguna mujer que no perteneciese a esta categoría del amor fácil, las únicas que podían frecuentar aquellos lugares, fuera de la vida corriente y de la civilización.

En esto oyóse afuera como un ronquido furioso. Era el rugir de un tigre en la jungla, muy cerca de la casa.

—Saldremos a cazarlo mañana mismo — anunció Dennis—. No conviene acostumbrar mal a los vecinos de esta clase.

Poco después, la rubia recién llegada en el vapor, salía de su cuarto e irrumpía en la estancia.

Vantine, que así llamábase, era delgada, pero de curvas ondulantes. Su rostro poseía un llamativo contraste entre su línea aniñada y sus mohines picarescos. La cabellera muy rubia, con ese tono llamado "platino", que comunica a los semblantes un encanto de cuento de hadas.

Toda la delicadeza que hubiera podido atesorar una mujer así, estaba anulada por el descoco rayano en procacidad de sus modales de mujer sin prejuicios.

Dennis la miró de soslayo.

—Creí que te ibas a acostar. Ya es hora de hacerlo.

—No estoy acostumbrada a dormir por las noches.

—Bueno.

Y se puso a hablar con el viejo:

—Mañana, tú con Guidon, podéis empezar a limpiar el lado del barranco.

—¿No esperas a que llegue el nuevo ingeniero?

—¡Ah! ¿Quieres decir que Willis llegará pronto?

—En el próximo barco.

Vantine interrumpióles para hacer una pregunta trivial:

—¿Cómo se llama el loro?—y señalaba un pájaro de esta clase dentro de una gran jaula.

—No tiene nombre—le contestaron por decir algo.

—Pues lo tendré que bautizar.

—Cuídese de usted y déjese de los demás.

La rubia anduvo un rato inspeccionando la estancia, y luego fué a sentarse junto a Dennis, a la mesa.

Este cortaba unos trozos de queso, y ella le hizo notar:

—¡Queso Gorgonzola! ¡El que más me gusta! Lo podré probar, ¿no?

Mientras, Carson llenaba repetidas veces el vaso con el contenido de una botella de licor y echábaselo al gaznate.

Ella, viendo que apartaba el queso para cambiarlo por la bebida, le advirtió:

—Fred, tienes que comer más. Si no comes, no vas a ser fuerte como era tu abuelo.

No le hizo ninguna gracia a él aquella alusión a un abuelo improvisadamente inventado, ni oírse nombrar de un modo caprichoso.

—Me llamo Dennis Carson, ¿lo sabes?

—Está bien; yo me llamo Vantine. Pero veo que sois muy aburridos. Siempre trabajando. ¿No jugáis a los naipes ni a nada?

Anarg, que ya habíase levantado para retirarse, con una mueca de picardía, dijo a la rubia:

—Si estuviésemos en 1894... ya lo creo que jugaría contigo. A mi edad ya no se juega.

Retiróse el viejo, y la muchacha blonda quedóse con Dennis, cuyo empaque de vigorosa juventud varonil, no dejaba de observar con creciente interés.

Con alguna solicitud aconsejóle:

—Te hará más provecho comer que emborracharte. ¿A qué beber de esa manera?

—¿A ti qué te importa?

—Es que va a hacerte daño al hígado.

—*Usted cómase* el queso y ya *se puede* ir.

Había dos clases de queso sobre la mesa, y Dennis indicó:

—Este es Roquefort, el otro Gorgonzola. El Roquefort me gusta a mí mucho.

—A mí el Gorgonzola—apresuróse Vantine a decir, para llevar la contraria.

El le lanzó una mirada como para obligar a enmudecer al más hablador.

—Bueno, me callaré—dijo la rubia.

Y al momento:

—¿Sabes cómo hacen el Roquefort? Antes de ordeñar las cabras, les dan unos golpes... para que la leche salga más espesa.

Carson, que estaba atareado con unos cuadernos donde consignaba los detalles de contabilidad de la plantación, volvió a mirar coléricamente a la charlatana.

Pero ésta no inmutábase por tan poca cosa:

—A ti no te importará, pero a muchos sí que les gustaría saberlo. Te decía que les dan unos golpes...

Dennis perdió la paciencia:

—¡Yo te los voy a dar a ti para que me dejes en paz!

—¿Tú y cuantos que te ayuden?

—Mira; voy a encerrarte en una caseta de afuera.

—Por eso no dejará de gustarme el Roquefort... digo... el Gorgonzola.

Mordióse los labios, porque con la equivocación había puesto al descubierto su costumbre de hablar por hablar.

Entonces se desarrugó el ceño de Carson y la miró riéndose.

—Hablas demasiado, pero eres simpática. ¿Siempre hablas tanto?

La atrajo hacia sí, asiéndola por una muñeca, para sentarla en sus rodillas.

Y decidió comprobar si era tan habladora en todas las ocasiones...

* * *

Al siguiente día, Carson no daba más importancia al encuentro que la de una noche grata y fugaz, mientras que la frívola Vantine conservaba un recuerdo muy marcado de la aventura. Un recuerdo de algo distinto de la jornada de amor fácil que no deja huella ni se vuelve a traer a la memoria.

Acompañó Carson a la muchacha hasta el embarcadero de madera.

Vantine iba con su traje vaporoso que acentuaba la esbeltez de su silueta. Llevaba en la mano la jaula del loro, y cierto gesto de tristeza en el semblante por abandonar la factoría.

—Adiós, Dennis—dijo.

—Adiós, simpática; me alegro de haberte conocido. No me gustan los cumplidos, pero... reconozco que eres algunas veces agradable.

Recordó él cierto requisito que parecía inexcusable, y extrajo de su monedero una cantidad para entregársela a ella.

Vantine la rechazó mirándole con toda sinceridad.

—No, Dennis... No ha sido por esto; lo has comprendido muy mal.

Pero Carson, en realidad, no interpretaba el sentir de la rubia platinada.

—Ya sé que no te doy ni la mitad. Cuando vaya a Saigón, te daré más...

Y Vantine, con cierto dejo de amargura por primera vez en su vida, subió al barco para abandonar la plantación.

EL INGENIERO Y LA MUJER DEL INGENIERO

En el barco llegaron dos figuras de calidad para los habitantes de la explotación: el nuevo ingeniero, mister Willis y su joven esposa.

Dennis les saludó y dióles la bienvenida sin grandes extremos de cortesía, como era su costumbre, y hubo las presentaciones de rigor:

—Mister Carson—dijo el ingeniero—, mi mujer.

La señora estrechó la mano que se le tendía, mientras Dennis no dejaba de observar la belleza suave y recatada de ella.

—Gary—explicó la dama, refiriéndose a su marido— no puede aguantar el calor. Este clima es horrendo, no sé cómo pueden habituarse.

—Si siente los efectos del clima, estará ahora mejor en casa.

Estando ya delante de la vivienda que les iba a servir de alojamiento, preguntó la esposa del ingeniero:

—¿Dónde está la plantación? Quiero decir, la casa principal.

—Es esa—le indicó Dennis.

Bárbara, la esposa de Willis, tuvo un gesto de extrañeza al ver lo rústico de aquella construcción.

—¿Le ha sorprendido nuestro domicilio, verdad? Pues a mí me ha sorprendido usted...

—¿Por qué, señor Carson?

—No la esperaba. No es ningún acierto traer aquí señoras. Todo esto es un poco rudo, ¿verdad?

Dentro de la casa, que Bárbara ojeaba, cada vez menos satisfecha de su primitivismo, el criado chino acudió prontamente a ofrecer sus solicitudes a los recién llegados.

—¿Señola bonita, quelel bañarse?

E indicó una simple tina estrictamente capaz de un cuerpo humano que supiera encogerse lo bastante, sin nada para velar a las miradas ajenas.

—¿No hay una cortina?

—No, no habel coltina—contestó el chinito con su risa de siempre.

Carson prometió:

—Pondrán una.

Y Willis, con verdadero acierto, decía entretanto a su mujer:

—Este no es sitio para ti.

Pero ella quiso mostrarse animosa, para no abatir el espíritu de su marido.

—Ya verás, voy a poner una cortina en el baño, y voy a limpiar el cuarto, que lo tienen hecho una leonera. Todo podemos aguantarlo con un poco de paciencia.

Como el ingeniero no se encontraba bien, se apresuró a tumbarse en el lecho, no sin antes hacer sus protestas por lo duro y destartelado de éste.

—¿También hay que sufrir esta cama?

—No hay otra—le indicó Carson, encogiéndose de hombros.

Willis hubiera querido encontrarse apto para entregarse a su actividad, pero cada vez le atacaba más fuerte la crisis febril.

—Estoy muy contrariado—lamentábase—, desearía empezar el trabajo en seguida...

Comenzó a sentir contracciones friolentas y pronto se puso a temblar como un azogado y a bañarse en copioso sudor.

Bárbara se alarmaba y llegó a preguntar a Carson qué había que hacer, con súplicas de desesperación.

Para el cauchero, aquello era un lance del clima que no llenábale precisamente de emoción.

Trajo unas pastillas del parco botiquín e indicó los cuidados pertinentes:

—Esto es quinina. Dele cuatro tabletas ahora mismo y tómela la temperatura cada cuatro horas. Tiene un ataque de fiebre. Es fruta del país. Y no se ponga así, señora, eso se le pasará, probablemente, si hace lo que le digo.

Mas a Bárbara no le satisfacía aquella simple medicación y la irritaba el desenfado con que Dennis referíase a la enfermedad de Willis.

—Tenemos que llamar a un médico, es indispensable.

—El que tenemos más cerca se halla en Saigón. Para avisarle hay que viajar tres días río abajo y otros tres para volver.

—Entonces no queda otro remedio que regresar a Saigón en el mismo barco.

—Es lo que a mí me gustaría que hicieran. Pero lo más seguro es que no llegara vivo. Aquí puede salvarse. No desconfíe. Solamente se me han muerto dos, y he tenido enfermos de esta clase a docenas.

—No puedo consentir que hable usted con esa indiferencia de Gary y que lo trate como a un indígena.

—Usted está aquí para cuidarle. Sólo para eso ha venido. Dele todo el agua que quiera.

Y giró Dennis sobre sus talones para ausentarse.

Ella tomó aquella actitud como el mayor cinismo, como la más grande desfachatez.

—¿Pero es que va a irse?

—¿Qué quiere? Hay que trabajar.

No pudo contener su indignación Bárbara y descargó una bofetada en la mejilla de Carson, que en vez de ofenderse, repuesto de la sorpresa del instante, sonrió y quedóse admirando aquel rostro colérico... y atrayente.

OTRA VEZ VANTINE

Salía Bárbara de su habitación, y quedó suspensa, sobrecogida, al oír muy próximo un fuerte rugido.

En este instante tropezó su vista con Carson, y le preguntó con voz asustada:

—¿Qué fué?

—Nada, un tigre. No se va a acercar más, no tema.

Era, en efecto, un hermoso tigre, que oculto en la jungla cercana, destacando la nota de bravo color de su piel listada, rugía, poderoso, en su calidad de señor de la selva.

Sintióse Bárbara protegida viendo junto a sí al robusto Carson, y creyóse obligada a darle una explicación referente a su airada actitud de horas antes.

—Siento mucho lo que he dicho esta mañana.

—No tiene necesidad de excusarse. Créame que no me hizo ningún daño. En un sitio como éste se pierde a menudo la cabeza. La contrariedad de ver a su esposo enfermo habrá influido...

—Yo solamente le ruego que salve a Gary.

—Haré todo lo posible. ¿Le ha dado bromuro?

—Sí.

—Mire, mi cuarto está enfrente por si me necesita...

Luego compuso Dennis una sonrisa todo lo amable que pudo, y preguntó a Bárbara, con cierto tono de solicitud:

—¿Somos amigos?

—¿Le importa mucho que lo seamos?

—Naturalmente...

Y retiróse el cauchero, algo suavizada la rudeza de su semblante y con la imagen de la forastera en las pupilas.

La belleza recatada de la mujer del ingeniero, el contraste de esta clase de belleza, con las muchachas frívolas, descocadas, que

había conocido hasta ahora, le impresionó más fuertemente de lo que hubiera sido de desear.

Después de esta fugaz entrevista, Mac comentaba con Dennis lo referente al matrimonio recién llegado:

Mac decía algo zumbón:

—Parece que tiene miedo al tigre la señora. Probablemente no ha oído uno tan cerca.

Dennis dijo con aire distraído:

—Es bonita, ¿verdad?

—No empieces a decírselo todavía.

—¿Se lo reservo para usted?

—No, hombre. ¿Les habrás dicho que Vantine era tu hermana?

—No... le he dicho que era tu niñera.

—De todos modos, es una complicación menos que Vantine se haya ido.

No acababa de decir esto Mac, cuando presentóse el patrón del barco fluvial para anunciar un contratiempo:

—Hemos pasado muy bien los saltos, pero luego encallamos en el barro y se ha roto el eje.

—¿Cuándo estará lista la avería?

—Pues verás. Tengo que ir a Saigón para arreglar el eje... Total, unas seis semanas.

Y ,acto seguido, irrumpió en escena un gracioso personaje, que traía el azar nuevamente.

Vantine, con su jaula del loro, saludó cómicamente, dispuesta a instalarse otra vez en la factoría y encaminóse a su habitación.

—Me voy a la cama. Adiós.

Dennis se aproximó a ella para advertirle:

—Estarás mejor arriba.

—¿Por qué?

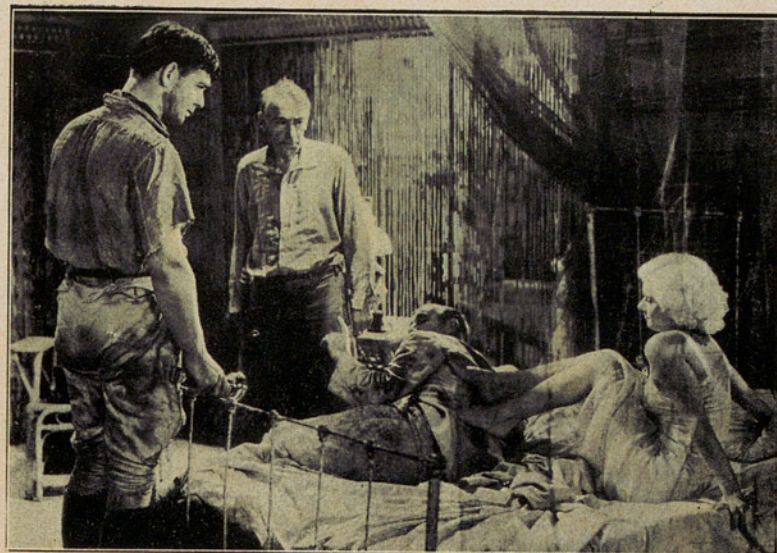
—El ingeniero Willis ha traído a su mujer y...

—¡Ah ...una señora!

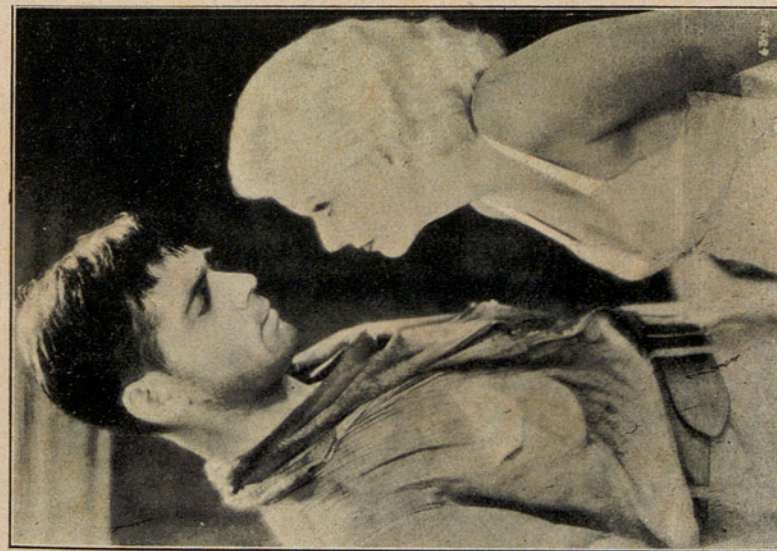
—Además, Willis tiene la fiebre; así es que vete arriba y no hagas ruido.

Hizo la muchacha un mohín despectivo y encaminóse al cuarto que se le señalaba.

A la mañana siguiente, Vantine, que ya había adoptado la naturalidad de quien se encuentra en su casa, sentábase a desayunar a la tosca mesa del comedor.



... empujó con fuerza hasta conseguir lanzarlo del camastro.



—¿Y a qué saliste del barco?



—¡Qué bien vestido y afeitadito!



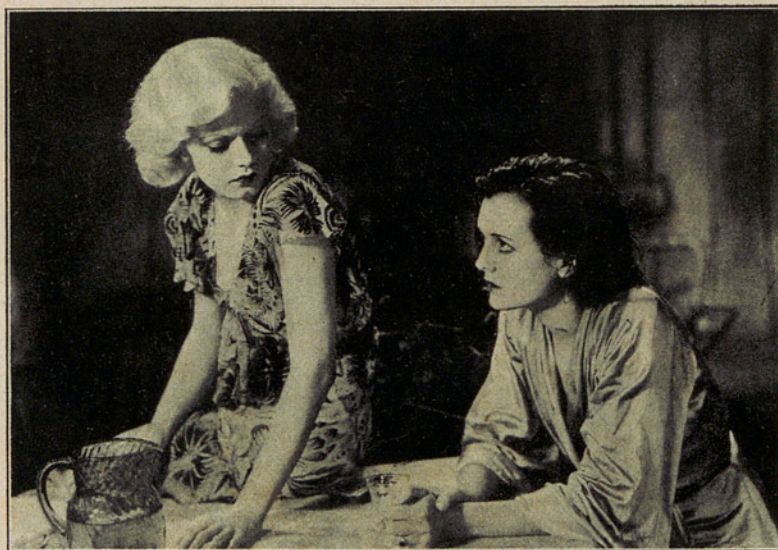
Una de las tormentas de aquellos parajes...



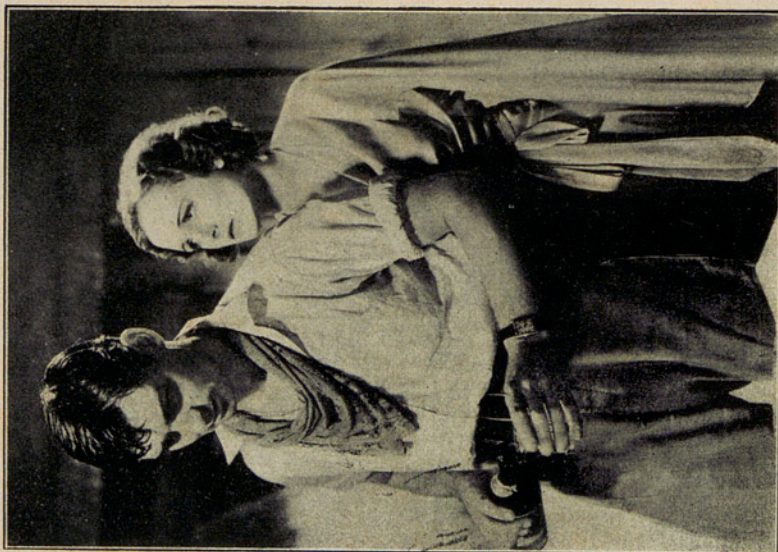
—No debía usted haber hecho esto.



—Señola bonita... lopa bonita.



—Tampoco he visto que usted pidiera socorro...



—¿Estás borracho?

El doméstico amarillo, la ofreció el presente de un plato de confitura.

—Mí hacel bizcochos para miss Vantine.

La pasta que había dentro de los bizcochos era pegajosa y se estiraba sin quebrarse. En realidad recordaba la goma que a todos obsesionaba en aquel país.

—¿De qué árbol ha salido esto?—preguntó.

—Cómalo, está muy bueno, verá cómo le gusta.

Mientras, en su cuarto, Willis se desesperaba por verse prostrado, y sacando esfuerzos de su debilidad, decía:

—No tengo ya nada; me voy a levantar.

—Voy a llamar antes a míster Carson—respondía Bárbara.

—No, mejor será que coma.

Salió ella en busca de Dennis, y en el comedor tropezó con Vantine, que, con deseo de entablar conversación, preguntóle:

—¿Cómo está su marido?

—Nos hace falta un médico.

—No haga caso; los médicos que hay por aquí no recetan más que brandy, y casi todo se lo beben ellos mismos. Luego se ponen a cantar debajo de la cama del enfermo.

A Bárbara extrañábale algo el desparpajo de la rubia.

—¿Está usted casada con alguien de aquí?

—No, he venido a ver a mi hermano. Tiene una plantación un poco más arriba, igual que la que tenemos en América. Somos los Jefferson, ¿sabe? Yo soy Vantine Jefferson. Tomé el barco para Saigón y se encalló en el barro.

—Bueno, está bien; quiero ver a míster Carson.

Comprendió Vantine que su leyenda no se la había tragado la señora y con tono revelador de que era capaz de burlarse de su sombra, dijo a Bárbara:

—¿Me ha creído?

—¿Pero usted creyó que podía creerla?

—Verá usted; lo del hermano y la plantación no es cierto ni por asomo, pero lo del barco es verdad. Y, para que lo sepa, no tengo a nadie aquí... Tranquilícese.

¿Por qué miró aquella muchacha a Bárbara hostilmente como se mira a un rival?

ACEPTO EL PAGARE

Aquella mañana, cuando vió Vantine salir de su cuarto a Carson, observó en él un cambio que no podía imaginar.

Venía recién rasurado, con una camisa pulcramente limpia, un lazo corbata nuevo, y hasta una pulsera de oro en una muñeca.

—¡Qué bien vestido y afeitadito!—comentó la chica platina-da con sus migajas de intención.

A él interesábale lo que Vantine hubiera podido hablar con Bárbara.

—¿Qué le has dicho? Tú eres muy capaz de irte de la lengua.

—Nada, le dije sólo que no soy de aquí.

—Bien. Es una señora decente, y no quiero que se le dé motivos para escandalizarse; ni que vayas así, medio desnuda. De lo contrario te envío a Saigón.

—El barco está todavía encallado en el barro.

—Irás entonces en hamaca por la selva.

—¿Para qué? ¿Para jugar con tus criados al escondite por las noches? ¡No iré!

Aproximó su cuerpo al de Dennis.

—Estás muy guapo hoy.

Mas el cauchero no tomaba estas afectuosidades en consideración. Sólo pensaba en la que, con su aureola de "señora decente", ejercía sobre él intensa sugestión.

Fué prontamente al cuarto del ingeniero, tanto por inquirir acerca del estado de él, como por avistarse de nuevo con su esposa.

—Insiste en levantarse—lamentóse ésta al verle llegar.

—No, no puede hacerlo. Que traigan mantas.

Envolvió a Willis en gruesas mantas, aunque ello no impidió que temblase de pies a cabeza con síntomas en realidad alarmantes.

—Son escalofríos de la fiebre—aclaró Carson.

Bárbara creyó que iba a marcharse, como la vez anterior, y suplicóle:

—¿Le dejará así?

—No, hay que cuidarlo.

Ahora sí dedicaba de buen grado toda la velada a cuidar del enfermo, sin moverse de su cabecera.

Durante toda la noche estuvo pendiente de cualquier movimiento de Willis, y agotó toda su erudición médica en patología tropical, que no eran mucha, pero sí hija de la experiencia y eficaz.

Hubo instantes en que el acceso de fiebre era tan fuerte, que inspiraba el enfermo serios temores.

Pero al fin pasó la crisis y vencido ya el peligro, el improvisado médico aconsejó a Bárbara:

—Piense ahora en dormir, ya no hay cuidado. Yo me voy a la cama.

Bárbara quedó conmovida por los desvelos de aquel hombre que había juzgado insensible para toda delicadeza y trató de justificarse con él.

—Me arrepiento de haberle dado aquel bofetón. Lo lamento mucho después de todo lo que ha hecho usted por Gary. Creo que se lo debo todo.

Brillaron las pupilas del rudo cauchero.

—Acepto el pagaré.

Dijo esto en un tono de segundo sentido, y la mujer de Gary notóse algo perpleja.

Al salir, en la estancia central de la casa, halló Dennis a la rubia de Saigón.

—¿Qué haces aquí?

—Ya lo ves. ¿Cómo le va al enfermo?

—Ha pasado la crisis.

Tenía Vantine en las manos un aparato circular, como una chiquilla que se goza en descomponer los objetos complicados, y trataba de desarmarlo.

—¿Qué tiene este reloj?

—Trae. Es un barómetro.

Pudo Dennis arrebatárselo a tiempo, porque ya iba ella a inutilizarlo.

Después, trató de alejarla:

—¿Por qué no te vas a la cama?

—Y tú, ¿no quieres beber algo?

—No, vete a acostar.

La muchacha obedeció, pero sin dejar de pensar en que la atraía aquel hombre que empeñábase en no concederle ninguna importancia.

* * *

No tardó en convalecer el ingeniero y en estar apto para comenzar el recorrido de la plantación.

Dennis dispuso que hiciese una gira por el bosque para informarse de la marcha de la explotación, y daba en seguida sus órdenes a Mac:

—Ve con Willis y enséñaselo todo despacio para que se percate bien.

El encargado hizo un gesto ambiguo.

—Hasta luego.

Y partió a internarse en el arbolado Anarg acompañado del ingeniero, ambos montados en sendos caballos con los cuales se alejaron pronto.

De regreso a la casa, Dennis sorprendió a la alocada rubia de "platino", dentro de una tina, desnuda como vino al mundo, dándose un baño placentero.

A Carson irritábanle aquellos alardes de desenfado, hallándose en la casa una mujer educada y decente como la mujer del ingeniero.

—Baja la cortina—ordenó a Vantine con acritud.

—¿Tienes miedo de asustar a la duquesa? ¿Crees que no ha visto nunca un cromo al natural?

—¿Y tú crees que puedes hacer aquí lo que te venga en gana? ¿No sabes que esta agua es para beber?

—Puedes beberla... si quieres — repuso ella con su cínico aplomo.

El la zarandeaba por un brazo, sin que por eso pudiera reducirla a la obediencia.

Por el contrario, precisamente cuando Bárbara salía de la habitación y dirigía la vista hacia ella y Carson, ordenóle a éste con voz dominante:

—Lávame la espalda.

Y Dennis, lleno de cólera, lo que hizo fué poner la mano en su cabeza rubia y zambullirla en el agua.

COMO SE HACE LA GOMA Y PARA QUE SIRVE UNA TORMENTA

—Creí que había ido con Gary—dijo Bárbara a Carson en cuanto le vió.

—No pude ir esta mañana. Usted se aburrirá. ¿Quiere ver cómo se hace la goma? Esto tal vez la entretenga.

Acompañada de Dennis, fué presenciando las distintas manipulaciones por que atraviesa el caucho, desde que se deposita en cubetas, completamente líquido como si fuera leche, hasta que pasa por los rodillos que lo laminan, pasando el baño de ácido acético que convierte el líquido lechoso en goma cruda.

—Son ustedes unos salvajes muy raros—observó Bárbara—. Pero, ¿no quisiera vivir en un país civilizado?

—Nací para esto y en esto tengo que morir... Tal vez una mujer no lo comprenda.

—Y, a propósito, sólo he visto una mujer. ¿Dónde están las mujeres de los indígenas?

—Aquí no puede haber mujeres. Sería el desbarajuste de la colonia.

—Esa que está en la casa, ¿pertenece aquí?

—Pertenece a quien se interese por ella...

El cielo se había encapotado y un aire fuerte comenzó a agitar los robustos brazos de los árboles.

—Vamos a tener tormenta—advirtió Carson.

—¿Ha dicho que una mujer blanca no puede vivir en este sitio?

—Sí, alguna ha vivido; estoy pensando en mi madre... su tumba está al otro lado del barranco.

—¿Y no cree que yo podría vivir aquí?

—¿Quiere que yo la ayude?

—No, quiero que me quieran todos.

Carson advirtió la fina evasiva.

—Me gustan las mujeres que se defienden... y que son tan hermosas, como usted, cuando se están defendiendo.

En esto se desencadenó la tormenta. Una de esas tormentas de aquellos parajes que desgajan las ramas de los árboles y azotan horriblemente con tremendas cortinas de lluvia.

Hubo un momento en que Bárbara asustóse de tal manera, que creyó llegada su última hora.

Empapada hasta los huesos, dolorido el rostro por la ira del huracán, en los robustos brazos de Dennis, y enlazando su cuello, pudo llegar a la factoría, como el náufrago que ya no esperaba salvación.

En el cuarto de ella, fué Carson a depositarla sobre la cama, pero antes, sin poder contener su impulso, la oprimió contra sí y la besó ardientemente, con toda la fuerza de que era capaz su vigor.

—¡Déjeme, por Dios!—defendióse ella, con voz débil—. No debía usted haber hecho esto.

—Pero lo he hecho—contestó él con una de sus razones poco convincentes, pero inapelables.

Cuando salía Carson de la habitación, Vantine, que se encontraba en el comedor, en un tono de gran zumba, le dijo:

—¿Se ha dislocado el tobillo la duquesa? Y ten cuidado, no te quite la lluvia el colorete de los labios.

Momentos después salió también la esposa de Willis, con otras ropas enjutas, y todavía algo sofocada.

—¿Puedo estar aquí?—preguntó con cierta ingenuidad Vantine.

—Usted verá si puede aguantar mi compañía.

Mientras zumbaba furiosamente el vendaval y gemían los árboles maltratados, y se quejaba de un modo lastimero la techumbre de la casa, las dos mujeres permanecían pensativas.

A Vantine se le ocurrió, por decir algo, y sin que su voz denotase susto alguno:

—Tengamos compasión de los marineros en una noche como ésta. ¡Pobres marineritos!

—Pero, ¿es que no va a parar nunca este infierno?—se quejaba Bárbara.

—Seguramente que ni para almorzar. Pero es mejor; eso le hará que olvide muchas cosas.

—¡Qué estúpida soy de tener miedo!

—He visto *a quien sabe* cuando salía. Llevaba la boca llena de colorete.

—No le he dado ningún motivo para hacer lo que ha hecho.

—Tampoco he oído que usted pidiera socorro.

—Ansié defenderme. Pero... no pude.

Este "no pude" se refería más que a sus fuerzas físicas a la indefensión de su voluntad.

—Ha sido una cosa del momento—agregó.

—No se preocupe; el próximo será más largo.

Fué la rúbrica que la avisada Vantine puso a aquel diálogo de rivalidad.

MATEMOS EL TIGRE

Siguieron unos días en que la situación no variaba: disimulo de rivalidad entre las dos mujeres; lucha consigo mismo de Bárbara; exacerbamiento del estado de ánimo de Dennis...

Hasta que Carson decidió otro alejamiento de Willis, para un cometido profesional:

—Mañana va usted a salir con Mac y Guidon. Es preciso que acampen al sur del barranco por un mes. Hay que hacer un puente y un camino.

Mac observó con extrañeza:

—Pero ya han empezado las lluvias.

—No importa; tenemos que aumentar la producción.

Como el sitio a que Carson se refería era de lo más inhóspito de la selva, con toda la contrariedad del ingeniero, decidióse que su mujer no podía acompañarle.

—Vas a quedar viuda por un mes—le dijo, besándola, mientras ella quedaba sobrecogida, temerosa de lo que podría suceder.

Al enterarse de todo esto, Vantine, que ya no sosegaba de despecho, abordó a Carson:

—Me dijiste que ibas a mandarme a Saigón en hamaca. Quiero irme ahora mismo. Con la lluvia parece que se nota más el olor de la basura.

—No mires por las cerraduras; es muy malo para los ojos.

La muchacha suspiró y dijo con sorna certera:

—Conque aumentando la producción, ¿eh? Puede ser que al marido le importe lo que yo pueda decirle.

—Puede ser que se lo diga yo mismo.

En los días siguientes todas las deferencias y atenciones para con la señora del ingeniero se le antojaban insuficientes a Dennis.

Al criado chino, constantemente le hacía advertencias:

—¿Has puesto la lámpara en el cuarto de la señora Willis? Guisa los faisanes como le gustan a la señora Willis.

El amarillo lavaba y planchaba con todo primor las ropas de la señora Willis, y haciendo grandes aspavientos a la vista de las sutilísimas prendas interiores, decía a Vantine:

—Señola bonita... lopa bonita.

—Tú lo has dicho—exclamó Vantine—: “señora”. Por eso está él loco por ella.

—Místel Dennis tenel amol... Mi creel que usted y místel Dennis...

Algo por el estilo es lo que hubiese deseado la muchacha.

Pero otra mujer acaparaba todos los sentidos del rudo cau-chero. Otra mujer que, para colmo de su felicidad, terminaba accediendo a sus solicitudes.

Bárbara comprobó que estaba enamorada de Dennis y no tuvo fuerzas para resistir más.

—¿Me quieres para siempre?—preguntábala él con todo su apasionamiento.

—Para siempre... Nos iremos de este maldito país.

Tan concertado quedó en definitiva aquel amor que habíase prendido de un modo repentino y, como tal, virulento, que Dennis decidía, al poco, ir en persona a comunicar al marido de Bárbara la necesidad de que renunciase a ella en gracia a no tener nadie el derecho de tiranizar los sentimientos.

Echóse a caballo por la selva hasta el rancho donde trabajaba el ingeniero en compañía de Guidon y Mac.

Para explicar de algún modo su llegada, recordó que los indígenas dijeron que por aquellos días y aquellos parajes rondaba un tigre insistentemente, y díjoles a los del rancho:

—He oído que os está molestando un tigre. Hay que poner la trampa y el cebo y lo enviaremos al otro barrio.

Willis, no sin alguna tristeza, observó:

—Esperaba que viniese mi mujer.

—No ha tenido tiempo. Le dije a su esposa que venía, en el último momento. Además, el recorrido es muy duro para ella. Pero, le mando un abrazo.

—La quiero tanto...

—¿Cómo va el trabajo?

—Deseo concluir pronto para ver a mi mujer.

Mac Anarg, en un aparte, referíase al ingeniero y aseguraba a Carson:

—Es un gran muchacho, pero esto no se ha hecho para él. A ti te quiere mucho; daría su vida por ti.

* * *

Salieron a la caza del felino.

Willis mostró sus deseos de tirar primero sobre la fiera para poder llevar el trofeo de la piel a Bárbara.

Y, momentos más tarde, se hallaban instalados sobre el tronco del armadijo al pie del cual encontrábase el cebo a cuyo olor acudiría el tigre a que iba a darse caza.

Llegó esa hora de la espera entre los cazadores, que se llena siempre de diálogo y confidencias.

Carson no sabía cómo empezar para decirle algo tan grave como era su propósito.

—¿Qué va a hacer cuando se vaya de aquí?

—Siempre tuve en la cabeza hacer una expedición. Pero desde que me casé con Bárbara... ya no pude pensar en tal cosa. Debe creerme medio chiflado porque siempre hablo de Bárbara. Pero no me da vergüenza decir, con toda sinceridad, que sin ella me moriría. ¿Cómo podrían criarse los niños en este país? Ibamos a tener hijos inmediatamente, pero tendremos que esperar a que volvamos a casa. Tenemos una finca en el Hudson. Vamos a hacernos una casa. Bárbara estará encantada. Un sitio admirable para los niños. Y cuando su tío Dennis vaya a verlos, a contarles sus bravas historias de vida selvática...

Casi saltaban las lágrimas a los ojos del ingeniero, al pensar en tanta felicidad.

Y aunque las maneras del hombre fuerte que era Carson, fuesen rudas, su corazón estaba lejos de serlo.

Todos sus propósitos quebráronse, y generosamente decidió su norma de conducta.

Un ronquido hondo y unas ramas que se quebraban anunciaron la presencia del tigre.

Adosaron los cazadores a los cañones de los rifles las potentes linternas, destinadas a enfocar a la pieza, deslumbrarla y hacer así fácilmente blanco.

El primero en disparar, como quedó convenido, fué Willis.

Sin vacilar, echóse el arma a la cara, cuando la arrogante fiera estuvo cerca, y tiró, y en seguida, el cuerpo elástico y robusto del felino, dentro del haz de luz de la linterna, daba un salto de agonía, para caer sobre la maleza.

Realizada la caza felizmente, Dennis resolvió, de pronto:

—Esta noche mismo me vuelvo a la factoría.

—Pero, ¿por qué? Puede dormir en mi lecho. Parece mentira que quiera marcharse. Tiene que hacer seis horas de camino, con este tiempo horrible.

No hubo manera de disuadir a Carson de la marcha.

Como tampoco nada evitó, que luego de una escena violenta en que Guidon declaró rotundamente su creencia de que Dennis había alejado al ingeniero para entenderse con su mujer, viniendo ambos a las manos, aguardase Willis la noche y ensillara el caballo para marchar detrás del encargado.

Este llegó a la casa, y en lugar de irse raudo a comunicar a Bárbara su entrevista con Willis, sentóse sólo a la mesa; mejor dicho, en compañía de la botella de licor, que comenzó a vaciar a grandes tragos.

Vantine vino a él al observar su gesto de abatida tristeza:

—¿No se invita a nadie al entierro? Creí que ya no volverías. No has envejecido nada. Pero te veo de muy mal talante. Cuéntame todo.

—Guidon te manda besos...

—¡Ah!, mi querido Guidon. ¿Y el esposo de la señora, cómo está?

—Muy quemado del sol; no lo conocerías.

—No cambies la conversación.

—Mira, muchacha; he sido noble. Te puedo presentar en mí a San Dennis, el mártir.

Y en su rostro, a través de aquella chanza, veíase pintado el dolor de la renunciación a la mujer querida, sobreponiéndose, con fortaleza de hombre entero, a su egoísmo.

—¡Ah! No habrá entierro—insinuó la rubia.

—Sí... el mío.

—¿Qué vas a hacer, entonces?

—No lo sé aún.

Vantine se puso a apurar las copas llenas de licor junto a Carson, que ya bebía sin tino, mientras el cauchero le hacía esta reflexión:

—Nosotros somos de aquí... fuertes y sin prejuicios. Esos no... No son de este país maldito.

Semiebrios, se lanzaron uno contra otro, y abrazados, no podía distinguirse si luchaban o se enlazaban con furia para el amor.

Así sorprendióles, con la consiguiente indignación y asqueada, Bárbara, que acudió, al estrépito de la mesa y los vidrios caídos.

—Váyase usted—le gritó Dennis.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que has oído.

—¿Estás borracho?

—No, no estoy borracho, y, además, no le he dicho nada a tu marido. Todo fué una broma...

Sabía él el efecto de reacción y de repulsa que producirían aquellas palabras en un espíritu como el de Bárbara:

—Si quieres engañar a tu marido, a mí no me importa. Yo jamás me contento con una sola...

Bárbara traía consigo la pistola que el mismo Dennis le dejó al partir. Y su ira fué tan cegadora al verse miserablemente burlada, que disparó el arma sobre Carson.

Este, en un gesto de dolor, sin perder la serenidad, llevóse la mano al brazo sangrante.

Era el momento en que llegaba Willis e irrumpía en la estancia.

—¿Qué pasó aquí?

Bárbara dijo con firmeza:

—Le he pegado un tiro.

—¿Por qué?

—Porque lo merece.

El marido, receloso, miraba a todos sitios en busca de la verdad.

Entonces terció Vantine, señalando al cauchero:

—Se quiso meter en su cuarto, y ella disparó... como haría cualquier mujer honrada.

Sujetando la sangre de la herida y como protegido por los brazos de Vantine, Dennis exclamó, mirando a Willis:

—Llévesela de aquí; cuanto antes mejor. El barco vendrá por la mañana. Olviden esta tierra maldita. Regresen adonde deben estar...

NOSOTROS SOMOS DE AQUI

Vantine había curado con el mimo de una enfermera las heridas de Carson, por los rudos procedimientos que él le indicó, y que pocos hombres, sin anestesia, se hubieran atrevido a emplear.

Ahora, mientras él descansaba, ya convaleciente, ella se aplicaba, en alta voz, a la lectura de una revista.

Los cuentos de leyenda infantil eran su tema preferido.

—“Cuando el sol está muy alto en el firmamento, la ardilla vió al osito.” “Una ardilla y un conejo cruzaron corriendo la selva...”

—¿No puedes leer otra cosa?

—Lo he leído todo menos esto: “Se embarcan para San Francisco los señores Willis, de Filadelfia...”

Y volvió a su lectura favorita:

—“Cuando el sol se escondía tras las montañas de púrpura, la ardilla y el conejo, cara de queso...”

El interrumpió con una carcajada:

—¿Roqueford o Gorgonzola?

Y la atrajo a sus brazos para besarla a placer, sin prejuicios, pero con amor.

En aquel instante aparecía en la puerta el rostro orondo del criado chino.

Con la risa chillona más satisfecha que nunca, prometió:

—Yo volveré más talde.

Y Vantine y Dennis se abrazaron más ardorosamente.

Ellos eran de allí, de la tierra de pasión.

Juntos desafiarían los rigores del clima y las fieras, y pelearían en las crisis del mal humor. Beberían juntos y amaríanse con la fuerza espontánea del sol ardoroso.

Y mascarían juntos la goma de los árboles.

Porque ellos eran de allí...

F I N

Números publicados:

Reina el amor

por Claudette Colbert y Frederick March, etc.

El poder y la gloria

por Colleen Moore y Spencer Tracy

La vida empieza

por Loretta Young, Tommy Brown, etc.

Su última pelea

por Douglas Fairbanks, Jr. Loretta Young, etc.

— y —

Justicia Divina

por Charles Laughton, Maureen O'Sullivan, etc.

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Ultimos éxitos publicados:

La Reina Cristina de Suecia

por Greta Garbo, John Gilbert, Ian Keith, etc.

POR UN SOLO DESLIZ

(FUERA DE SERIE)

por Diane Sinclair y Lyman Williams.

¡SE HA FUGADO UN PRESO!

por Juan de Landa, Rosita Díaz, Ricardo Núñez, etc.

EL ERROR DE LOS PADRES

por Max Adalbert, Harald Paulsen, etc.

LA CIUDAD DE CARTÓN

por Catalina Bárcena, Antonio Moreno, etc.

HONDURAS DE INFIERNO

por Walter Huston, Madge Evans, etc.

DOÑA FRANCISQUITA

por Raquel Rodrigo, Matilde Vazquez, etc.

EL CAFÉ DE LA MARINA

por Rafael Rivelles, Gilberta Rougé, etc.

EL AGUA EN EL SUELO

por Maruchi Fresno, Luis Peña, Nicolás Navarro, etc.

El boxeador y la dama

por Myrna Loy, Max Baer, Primo Carnera, etc.

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.



E. B.



Precio: **50** céntimos